

La Natividad de la Madre de Dios en la tradición bizantina

Hoy ha sido generada la puerta que mira hacia Oriente

Manuel Nin, OSB¹

EN LA TRADICIÓN BIZANTINA DOS GRANDES FIESTAS DE LA MADRE de Dios abren y cierran el año litúrgico: la Natividad de la Madre de Dios el 8 de septiembre y su Dormición el 15 de agosto. Estas dos fiestas reúnen el ciclo litúrgico en un único misterio, el de Cristo, y por lo tanto, el de María y el de la misma Iglesia, que nace, al igual que María, querida y amada por el Señor, que recorre con el Señor los grandes momentos de la salvación, y que, como María, es glorificada plenamente en el Cielo por el Señor que la acoge en la gloria.

Además, en las grandes fiestas del año litúrgico, la tradición bizantina lee en el oficio de Vísperas tres lecturas bíblicas, normalmente tomadas del Antiguo Testamento. Los textos son elegidos en clave de lectura cristológica; es decir, viendo y leyendo

¹ Exarca Apostólico de los Católicos de Rito Bizantino en Grecia. Agradecemos a Mons. Nin el permiso para publicar este texto. Traducción del P. José Marcilla, osb (Abadía San Benito, Luján, Argentina).

el misterio de Cristo, de la Madre de Dios y de la Iglesia ya preanunciado en el Antiguo Testamento. En las celebraciones de la Madre de Dios, una de las lecturas siempre utilizadas es la del profeta *Ezequiel* 43-44: la descripción del templo, con la puerta que mira hacia oriente, cerrada, y que es abierta y cruzada solo por el Señor. Esta lectura cristológica y mariológica de los textos bíblicos está muy presente en la tradición bizantina, y en la fiesta del 8 de septiembre, la Natividad de la Madre de Dios, la encontramos en los tres textos leídos en Vísperas: *Génesis* 28 (la visión nocturna de Jacob con la imagen de la escalera que sube al cielo); *Proverbios* 9 (la sabiduría que se construye una casa); y finalmente *Ezequiel* 44 (con la imagen de la puerta que mira hacia oriente, cerrada, y que solo el Señor puede atravesar).

A partir del texto profético, la liturgia presenta con imágenes casi opuestas y fuertemente contrastantes, por un lado la esterilidad de Ana, la madre de María, y por otro la virginidad de María. Ella es la puerta que mira hacia Oriente y, en la encarnación del Verbo de Dios, se convierte en el libro en el que la Palabra se escribe en su carne humana: “Este es el día del Señor, alégrense pueblos: porque he aquí que el tálamo de la luz, el libro del Verbo de la vida, ha salido del vientre; la puerta que mira hacia Oriente ha sido generada, y espera la entrada del sumo sacerdote; Ella, la única que introduce en el mundo al único Cristo, para la salvación de nuestras almas”.

La puerta de la que habla Ezequiel es presentada y cantada por la liturgia como tipo e imagen de la encarnación del Hijo de Dios, la única puerta por la cual Él entra en el mundo: “Aunque por voluntad divina famosas mujeres estériles han dado a luz, aún más resplandece divinamente María, porque, prodigiosamente nacida de

una madre estéril, ha dado a luz en la carne al Dios del universo... única puerta del Hijo Unigénito de Dios, que atravesándola la ha mantenido cerrada, y disponiendo todo con sabiduría, como Él sabe, ha operado la salvación para todos los hombres”.

Los textos litúrgicos, utilizando la misma imagen de la puerta, la emplean para establecer un paralelismo entre la esterilidad y la virginidad, la de Ana y la de María: “Hoy se abren las puertas estériles y de ellas sale la divina puerta virginal. Hoy la gracia comienza a dar sus frutos, manifestando al mundo a la Madre de Dios, por la cual lo terrenal se une a lo celestial, para la salvación de nuestras almas”. El texto de Ezequiel es usado nuevamente en los textos del oficio de la fiesta con una lectura relacionada tanto con la virginidad de María como con la encarnación del Verbo de Dios: “El profeta ha llamado a la santa Virgen puerta infranqueable, custodiada solo para nuestro Dios: por ella pasó el Señor, de ella procede el Altísimo y la deja sellada, liberando nuestra vida de la corrupción”.

El estrecho vínculo entre liturgia y profesión de fe se encuentra en uno de los textos de vísperas que, con imágenes poéticas de extraordinaria belleza, canta a María como el lugar de la encarnación del Verbo, el lugar de la conjunción de las dos naturalezas de Cristo: “Vengan, todos los fieles, corramos hacia la Virgen, porque he aquí que nace aquella que antes de ser concebida en el seno fue predestinada a ser la Madre de nuestro Dios; el tesoro de la virginidad, la vara florecida de Aarón, que brota de la raíz de Jesé, el anuncio de los profetas, el brote de los justos Joaquín y Ana nace, y con ella se renueva el mundo. Ella ha nacido y la Iglesia se reviste de su propio decoro. El templo santo, el receptáculo de la Divinidad, el instrumento virginal, el tálamo real en el cual se ha cumplido

el extraordinario misterio de la inefable conjunción de naturalezas que se unen en Cristo: adorándole a Él, celebramos el inmaculado nacimiento de la Virgen”.

Los textos de la liturgia de hoy subrayan también tanto la oración angustiada de Joaquín y Ana por su falta de descendencia, como la gran alegría por el nacimiento de María: “Estéril, sin hijos, Ana golpee hoy gozosa las manos, se revistan de esplendor las cosas de la tierra, los reyes se regocijen, los sacerdotes se alegren entre bendiciones, el mundo entero esté de fiesta: porque he aquí que la reina, la inmaculada esposa del Padre, ha brotado de la raíz de Jesé. Las mujeres ya no darán a luz hijos con dolor, porque ha florecido la alegría, y la vida de los hombres habita en el mundo. Ya no serán rechazados los dones de Joaquín, porque el lamento de Ana se ha convertido en alegría y ella dice: Alégrense conmigo, todos ustedes, pueblo elegido de Israel: porque he aquí que el Señor me ha dado la morada viviente de su gloria divina, para la alegría común, el gozo y la salvación de nuestras almas”.

La fiesta de la Natividad de María pone de relieve tanto la oración y el gemido de Joaquín y Ana escuchados por el Señor, como también el inicio de la salvación que nos viene de aquella que porta el fruto vivificante para los cristianos, Cristo Verbo de Dios encarnado. En esta fiesta, también nosotros sabemos que siempre somos escuchados, amados y salvados por el Señor, por intercesión de María, su Madre. Que Ella interceda hoy por todos nosotros, por nuestras familias, por nuestro Exarcado, para que el Señor nos bendiga, nos salve y nos haga vivir y crecer en su voluntad.

manuelninguell@gmail.com